

Oración al Santísimo Cristo de la Buena Muerte

Si el cielo se abriese paso en nuestra ciudad, creo que no existiría lugar más mágico que las pequeñas dimensiones de esta capilla Universitaria.

Porque esta capilla, es la casa de Dios. Es la casa de un Dios que más que muerto parece descansar en sueños, clavado en un madero construido sobre el Gólgota más doloroso y a la vez más humano que existe. Él lo dio todo por nosotros, por cada generación venidera, ¿acaso no hay mayor humanidad en un sacrificio que el de este hijo del carpintero por todos nosotros?

Y en esta casa, donde la tierra se funde con el cielo, me dispongo Señor de aquella Muerte Buena a orarte, con tu permiso, siempre con tu permiso mi señor.

Necesito que me escuches Señor, necesito sentir que mientras sueñas van naciendo flores entre las zarzas que crecieron al pie de tu Santa Cruz.

Ayuda a esas personas valientes, ayuda a quienes por circunstancias de la vida el mundo desgraciadamente les ha dado la espalda. Ayúdales a ver crecer rosas entre las raíces quemadas de la ignorancia, de la incomprensión, del rencor. Somos personas, podemos equivocarnos, de hecho es nuestra tarea como humanos, equivocarnos para aprender. Por ello quiero señor que ayudes a todas y a cada una de las personas que forman parte de este mundo a que se acepten, a que valoren su presencia, a que aprendan a afrontar las situaciones que ésta vida en muchas ocasiones les manda hacer frente, porque tú señor que sueñas, tú señor que descansas colgado en la madera, sabes bien que para construir y hacer de esta Tierra un mundo mejor, no hay más que vivir, que ser feliz, que contribuir de la manera en que cada uno sepa a crear algo grande, a crear un corazón que bombee sangre, sangre que como aquella derramada desde tu costado hasta los dedos de tus pies, baje como cascada escarlata desde el último tercio de tu cruz hasta ese calvario de oscuras zarzas y espinas y allí haga crecer amor, valentía y felicidad que abanderen la vida de cada uno de los habitantes del logro más grande de tu Padre, nuestra Tierra mi señor.

Ayuda a aquellos que descansan en tus ojos entreabiertos, ojos que están inexplicablemente situados en aquella finísima línea que separa la vida de la muerte. Así ayuda a aquellos que nos cuidan desde el cielo, como si de ángeles de la guarda se tratase. La muerte no es justa, se hace dolorosa; es pura incertidumbre y por desgracia se lleva a personas a las que adoramos. Por ello señor mío desde aquí te pido que todos los besos que buscan unos labios que hoy están ausentes, que hoy son añorados, que aquellos abrazos que buscan unos brazos que nunca regresarán, que aquellos pensamientos llenos de amor, recuerdo y ternura dedicados a quienes a partir de un día pasaron a vivir en el seno de nuestra memoria, lleguen a los balcones del cielo desde donde cada uno de ellos nos protegen y cuidan, donde por seguro estoy que los recibirán y por seguro nos devolverán ese amor incondicional mientras soñamos como tú lo haces colgado en el tronco de la vida.

Ayuda señor y abraza sobre todo a aquellos a los que solo puedo llamar de una forma, VALIENTES. Ellos son todas esas personas que luchan contra la enfermedad. Qué enemigo tan cruel y que lecciones de vida son capaces de enseñarnos aquellos que valoran lo que hay que realmente apreciar en esta vida, pues sin salud poco hacemos. Por eso señor con tu boca entreabierta sé que en la noche serás capaz de susurrar palabras cargadas de fuerza que resuenen en el alma de estos que hacen de las cuatro paredes de un Hospital su casa diaria. Sé que con tus palabras serán capaces de salir adelante, sé que la vida les ha puesto barreras, pero también sé que más bravo que el corazón de tales luchadores poco en este mundo. Por eso escúchalos señor, aunque las espinas de una corona te hayan roto los oídos, escúchalos desde el corazón, y ampara las esquinas de la cama donde cada noche descansan. Protégelos y regálales vida señor. Pues no existe mayor regalo que la vida.

Oración al Santísimo Cristo de la Buena Muerte

Ayuda señor y ten en lo más alto de tu cruz a tantas personas que sufren las consecuencias de quienes juegan a la política de uno, creyendo que esa es la política de todos, y lo hacen por desgracia sin sentir empatía por quienes sufren debido a ese juego. Nadie se merece marcharse de su hogar, huyendo a otro país por culpa de una serie de ideas, que no son más que ideas, pero que al fin y al cabo atentan de manera desgarradora con lo que sienten muchos y hacen del miedo de los inocentes su frente de combate.

Nadie se merece verse atacado por aquellos que defienden el radicalismo. Nadie se merece pagar por quién no reconoce el valor del ser humano. Nadie se merece dejar de vivir una vida que se le ha concedido como derecho, deber, filosofía y propiedad propia porque otros sean incapaces de respetar incluso su vida propia. Pon orden en este mundo señor mío y amansa y perdona a aquellos que cometen tales atrocidades porque como bien dijiste en su momento, no saben lo que hacen.

Ayuda a quién cruza y se juega la vida en las aguas del mar intentando alcanzar una realidad mejor, un país en el que ser libre, en el que rozar la felicidad, buscando el único objetivo de vivir.

Ayuda a quienes aún no se han permitido conocerse a sí mismos, y sólo son conocedores de lo que ven reflejado en un espejo. Tú que nos distes señor un fondo lleno de luz, haz que las personas descubran el mundo tan grandioso que guardan en lo más profundo de su alma.

Ayuda a los que marchan para transmitir lo que nos enseñaste, a los que marchan para ayudar, para hacer el bien, para repartir amor, cultura y pasión por la vida y son víctimas de la barbarie del terrorismo.

Ayuda a los que trabajan día tras día duramente para llevar a la boca de sus hijos aunque sea un trozo de pan.

Ayuda a quienes confunden superioridad con igualdad, pues no conocen la verdad y la paz que guarda el equilibrio. Nadie es más que nadie.

Ayuda a cuantas personas te buscan, a cuantos te suplican.

Ayuda a este estudiante tuyo que como tantos hemos entrado cantidad de tardes a esta pequeña capilla para encontrar lo que no encontramos fuera de ella en cantidad de ocasiones. Esa paz tan necesaria.

Eres el hijo de Dios, eres humano, como ella, como él, como yo. Por eso te pido señor de la Buena Muerte que si estás muerto de verdad o si realmente duermes colgado en ese madero austero, sueñes y ayudes en ese ensueño de vida tan delicado a quién lo necesite, guíes a quién perdido se encuentre y veles por todos aquellos que reniegan del amar, pues no hay cosa más grande en esta vida que amar. Así nos lo enseñaste, así sea mi Señor.

AMEN.

Ignacio Iriso Castro.